

Cristo como vida y realidad para la edificación de la morada de Dios en amor

VIIIb. Permaneced en mi amor

(Juan 15:9-17)

Hoy queremos seguir hablando un poco más de la vid y del amor del Señor. Permanecer en la vid no es algo pasivo sino todo lo contrario, es una gran actividad. Cuando estuvimos en Austria, en una conferencia de fin de semana, un hermano dijo que el mayor pecado en la cristiandad es la pasividad. Por eso, digo, que permanecer no es algo pasivo, quedarse sentado ahí y ya está. No es simplemente decir: “Sí, yo conozco el credo de fe, y permanezco firme en ello”. El Señor no quiere que permanezcamos así, Él quiere un permanecer activo en la vid. En el versículo 7 dice: “*Si permanecéis en mí, y yo permanezco en vosotros*”. Este es un trato continuo y vivo con Su palabra; y sigue diciendo: “*Pedid todo lo que queráis*”. Pablo muestra que nuestras oraciones son una actividad importante en la vida de la iglesia. También menciona varias veces que él oraba sin cesar. ¿Qué hacía cuando iba de viaje? Oraba por los santos y por las iglesias. De igual manera, nosotros, debemos estar dispuestos a orar por las necesidades de todos los santos.

Igualmente dar fruto no es algo pasivo, sino que es un trato activo con esa vida del Señor. Nuestra pasividad se puede comparar con una taza de té caliente, pones la taza encima de la mesa, pero después de un rato se enfría el té. ¿Qué debemos hacer? tenemos que mantenerlo *calentito*. ¿Qué es ese fuego que siempre nos alienta? Es el Espíritu, la vida y el amor del Señor. El Señor nos ama con un amor ferviente, y con un amor eterno, ahí está realmente la luz eterna, el fuego eterno. No debe haber pasividad. Si vemos las visiones en Ezequiel, y también en Apocalipsis, vemos que hay mucho movimiento, todo está en acción. Delante del Trono hay una actividad que no podemos ni imaginar. Pero no se trata solo de actividad simplemente, sino de permanecer en la vid.

El Señor está dentro de nosotros, lo hemos recibido, y con ello hemos recibido Su vida. Hemos sido bautizados en Él y ahora estamos en Él, pero aun así el Señor nos dice: “*Permaneced en mí*”. El problema es con nosotros, no con Él, porque muy pronto nos apartamos, nos distraemos. A veces me lamento por mí mismo, le digo: “Señor, estoy tan distraído. Señor, yo te amo tanto, te amo más que todas las cosas, pero me distraigo muy pronto, y realmente lo siento”. Me da pena por mí mismo, y también me da pena por mi relación con el Señor. “Señor, manténnos en Ti. Señor Jesús, Te amamos, Te alabamos”.

**La unción nos lo enseña todo, pero sobre todo:
¡Permaneced en Mí!
(Jn. 15:4-8; 1 Jn. 2:27)**

En el verano, estuvimos tratando la primera carta de Juan, en 1 Juan 2 llegamos a la Unción. ¿Qué es la unción? ¿Alguien puede explicarlo con una palabra? Es el Espíritu. Pero no es solamente el Espíritu de una manera estática, sino que está en movimiento. El Espíritu no es solamente una sustancia sino el mover del Señor en nuestro espíritu. Se mueve de una manera muy fina y agradable, ¿no has sentido el mover del Espíritu en tu interior? Si estoy excitado, el Señor me aplaca, o cuando estoy triste, me da consolación, ¿no lo habéis experimentado? Así de maravillosa es la unción.

La unción también nos enseña: “*Pero la unción que vosotros recibisteis de él permanece en vosotros, y no tenéis necesidad de que nadie os enseñe; así como la unción misma os enseña todas las cosas, y es verdadera, y no es mentira, según ella os ha enseñado, permaneced en él*” (1 Juan 2:27). El Señor siempre nos está amonestando de una manera tranquila, diciéndonos: “Permaneced en Mí”. Parece que el Espíritu no tiene otra amonestación para nosotros, sino: “Permaneced en Mí”, o, “morad en Mí”. Permaneced y morad, es la misma palabra en griego. Esta es la enseñanza de la Unción, la cual nos enseña todas las cosas, y es verdadera.

Cada nacido de nuevo tiene esa Unción, nadie puede decir que no la tiene. Aprovecha la Unción. Si no sabes qué dirección tomar, pregúntale a la Unción, la Unción te lo enseña todo. Dile a la Unción que te hable, pregúntale.

En Juan 16 el Señor dice que Él va a enviar el Espíritu de verdad, y que ese Espíritu nos guiará a toda la verdad, ¿no es esto algo maravilloso? Nosotros somos un pueblo que permanecemos en la verdad y que también somos guiados a toda la verdad. Permanezcamos en Él, Él nos quiere llevar a adelante, nos quiere educar, y nos quiere atraer a Su corazón. Él quiere que

permanezcamos y que también recibamos Su vida continuamente de Él, igual que el pámpano en la vid.

La vid – el Cuerpo de Cristo y la iglesia edificada en amor

Es maravilloso lo que el Señor ha creado. La vid es un organismo. Esta vid coge todos sus nutrientes de la raíz y los lleva hasta el pámpano. Pero también hay una reacción de los pámpanos hacia la raíz, es como una circulación. Así sucede entre el Señor y nosotros, somos una sola unidad, una sola planta. Es muy parecido a nuestro propio cuerpo, solo que en otro nivel. En un cuerpo se muestran muchos más detalle; cómo un miembro está unido a otros, y cómo son nutridos conjuntamente. Es una construcción maravillosa de trillones de células y cada célula tiene su propio trabajo. No sabemos lo maravilloso que es el Señor con Su cuerpo, es un misterio muy profundo, por eso Pablo dice que ese misterio es grande – él dice que habla de Cristo y de la iglesia. Es demasiado grande, por eso necesitamos a todos los hermanos, para reconocer la altura, la profundidad, la anchura, y todo lo que es. Esta vid, el Cuerpo de Cristo, es muy grande.

La iglesia es edificada en amor. Dios, en Su vida, es amor. Si fluye Su vida, fluye también Su amor, y Su amor quiere fluir. Igual que Él se imparte en cada uno de nosotros, así también el Señor se quiere impartir en otros. Nosotros no debemos ser una parada, el final de trayecto.

Leamos Jeremías 31:3 *“Se manifestó a mí hace ya mucho tiempo, diciendo: Con amor eterno te he amado; por tanto, te prolongué mi misericordia”*. Me amó con amor eterno. Con ese amor eterno Él creó el mundo. No pienses que no tuvo ningún amor al crear la tierra, Él creó todas las cosas de manera muy detalladas y maravillosas. Todo el que se dedica de manera profunda a las ciencias naturales tiene que decir: “Es maravilloso, Dios es grandioso”, y reconocer realmente que todo eso fue creado en amor. Pero sólo lo puede reconocer alguien que tiene fe. En la historia de la creación vemos que Dios dice que todo fue bueno, y cuando hizo al hombre fue muy bueno. Él amó al hombre, y le creó incluso una compañera, a la que pudiera amar, y lo hizo como ejemplo para mostrar que Dios también quiere una compañera que quiere amar. Él amó al hombre incluso más tarde, aunque éste estaba tan apartado de Dios, lejos de Dios, en pecado y en la muerte. Toda Su creación, los hombres creados por Él estaban perdidos, sin ninguna relación con Él, hasta que encontró a algunos que oyeron Su voz, que recibieron Su vida. Antes solo éramos Sus criaturas, ahora somos Sus hijos. Ahora somos salvos y tenemos el suministro de Su Espíritu y Su amor. Ahora somos hijos nacidos de nuevo, y no solo somos Sus hijos, sino que

también somos Su iglesia edificada, edificados en amor. Siento mucho que durante muchos años no hemos hablado lo suficiente de que verdaderamente la edificación de la iglesia se basa en el amor. Quizás también por algún temor a que pudiera confundirse un poco con el amor del alma. Yo no digo que tengamos que amarnos humanamente, sino que tenemos que asirnos del amor de Dios; tampoco quiero decir que suprimamos el amor humano entre nosotros, que solamente busquemos el amor divino y no nos ocupemos del amor humano. En el Nuevo Testamento se menciona más de 300 veces la palabra amor. Esto no debe ser algo secundario. El Señor nos ha amado con eterno amor, y nos edifica en amor en Su Cuerpo. Por eso, tenemos que pedirle que no solamente sepamos algo de Su amor, sino que también lo saboreemos: “Señor, clamamos a Ti, llénanos con Tu amor”. El amor lo hace todo: despierta nuestro espíritu, nos hace estar activos, nos mantiene en comunión con el Señor, nos mantiene en relación unos con otros, nos lleva a reunirnos más y más, intercedemos unos hermanos por otros, y somos edificados. No seamos tan individualistas, pensando que el Señor sólo está por nosotros, sino que también tiene un propósito, tiene el deseo de edificar Su Cuerpo, y lo quiere edificar en amor.

Hemos recibido Su amor y podemos para amar

Nosotros podemos amar. En Romanos 5:5 dice: “*Y la esperanza no avergüenza: porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos fue dado*”. Aquí vemos claramente, que el amor de Dios ha sido derramado en nuestro corazón, no solo unas cuantas gotas, sino derramado, con el Espíritu. Hemos sido llenos del Espíritu y de Su amor.

En Romanos 12:12 también nos dice que todos hemos sido bautizados en un mismo Cuerpo, y que somos nutridos por un mismo Espíritu. Somos como una esponja que se empapa. El Señor no da el Espíritu por medida, es una medida sobreabundante.

Cuando practicamos ese amor, estamos en la corriente del Señor, en Su fluir, y es bueno que nos concentremos en ello, porque como vemos en el ejemplo de la iglesia en Éfeso, en el Apocalipsis 2, ese primer amor se puede desvanecer muy rápido. Puede ser muy activo, pero, a veces, ese celo, o esa actividad, puede tapar un poco el que no tengamos ese amor ferviente por el Señor. Somos activos, pero estamos ocupados en nuestro hacer, y olvidamos que hemos perdido y tenemos que volver al primer amor. Hay muchos motivos por los cuales perdemos el primer amor, pero en todo, el Señor nos dice una y otra vez: “Permanece en Mí”.

Hemos sido elegidos y puestos para dar mucho fruto. Por un lado permanecemos en la vid, pero por otro lado también salimos hacia fuera y nos calzamos los zapatos para el evangelio, para predicarles el Evangelio a las personas, y visitar a hermanos. El Señor dice que salgamos y llevemos fruto. Es bueno visitarnos, para dar fruto también, dar fruto juntos, para que todos se gocen, tanto el que siembra, como el que recoge. Visitaos unos a otros, refrescaos, gozaos en la misma fe, experimentad el amor de Dios, es maravilloso y edifica el Cuerpo del Señor.

GR